

El docente investigador: desafíos y tarea pendiente

Conferencia de la Dra. María Auxiliadora Chacón en la I Jornada Occidental de Investigación UPEL-IMPM el 19 de noviembre de 2009

Buenos días

Quiero expresar a los organizadores, mi agradecimiento por invitarme a participar en estas Jornadas de Investigación del IMPM y permitirme compartir con ustedes, algunas ideas en relación con una de sus tareas más importantes de los docentes: la investigación.

En mi opinión, investigar es una oportunidad para problematizar nuestras prácticas y reflexionar sobre lo que hacemos todos los días: enseñar, pero fundamentalmente, aprender a enseñar.

En los últimos tiempos, escuchamos con frecuencia la importancia de la investigación como una competencia del maestro, de modo que ser investigador, es uno de desafíos que se le atribuyen a la docencia como profesión. Por ello, me dispongo a presentar para su consideración y discusión este llamado que se hace reiteradamente al profesor. En tal sentido, iniciaré con algunas interrogantes:

¿Por qué investigar?

¿Para qué nos sirve la investigación?

¿Sobre qué investigar?

¿Cómo vincular la teoría práctica con la investigación y la reconstrucción del conocimiento docente?

¿Cómo podría contribuir la investigación en el fortalecimiento de las prácticas pedagógicas?

¿Es viable avanzar hacia la formación de profesionales autónomos, reflexivos y críticos a través de la investigación?

Estas inquietudes, surgen por cuanto se nos considera uno de los pilares fundamentales en la formación integral de las nuevas generaciones con actitudes y valores para la convivencia democrática. Así, emprendemos la planificación, acción y valoración del currículo, de allí las implicaciones éticas de nuestra acción en la concreción de los fines educativos, dado que la educación, debe replantearse en lo inmediato, la formación de personas capaces de asumir los cambios y estar abiertos reinterpretar el mundo que les tocó vivir y sobre esa base construir una sociedad mejor.

Freire (2001) nos señalaba que la educación, “es un acto de conocimiento” (p. 106) Por tanto, alentadora de cambios y transformaciones, siempre que los educandos se aventuren y se comprometan a luchar por ese cambio y para lograrlo se necesita de “seres pensantes, curiosos, activos, hablantes, creadores”.

Es decir, la tarea del maestro trasciende los límites convencionales de la escuela que hemos conocido, hoy más que en cualquier otro momento histórico social, los docentes están llamados a contribuir con la formación de ciudadanos “libres pensadores”.

Una de las posibilidades es fomentar el pensamiento, la argumentación, convertir los espacios de aprendizaje y enseñanza en ámbitos para comprender, para respetar los puntos de vista diferentes y para cultivar la disposición de aprender constantemente.

Sobre esta base, el docente debe ser un profesional que investiga, delibera y transforma su práctica pedagógica, de otro modo ¿cómo podría enseñar a otros a pensar? Por tal razón, la investigación es una ocasión para aprender sobre los procesos educativos. A partir de ésta, pueden construirse nuevas teorías “explicativas y comprensivas”. Se trata, entonces, de encontrar otras perspectivas, descubrir relaciones para avanzar hacia nuevos conocimientos y tendencias en el campo de la didáctica y, en definitiva, en la reconstrucción del conocimiento sobre la enseñanza, lo cual nos ayudaría a concretar la vinculación teoría-práctica-teoría, con base en los contextos y situaciones donde corresponda intervenir como educador. (Litwin, 2008)

Son los docentes, quienes desde esta relación teoría-práctica-teoría, encontraremos otras opciones. De ningún modo, somos los profesores, técnicos o receptores que ejecutan lo que los expertos nos indican en relación con los componentes y agentes del currículo. Por el contrario, desde la revisión de nuestras actuaciones, teorizamos a fin de construir conocimientos respecto a la enseñanza, al aprendizaje, entre otros aspectos vinculados a nuestra tarea. De modo que estamos hablando de rescatar la concepción del docente como profesional que toma decisiones.

A mi modo de ver, debemos seguir trabajando para formarnos como docentes autónomos. No obstante, debo decir que, estamos frente a un reto que todavía falta por concretar porque, ya lo decía Giroux (1990), cuando expresaba que los profesores y los estudiantes de educación concentran sus mayores esfuerzos en saber cómo enseñar, qué estrategias utilizar en el aula, qué materiales usar; olvidando la importancia de pensar y clarificar sobre los propósitos educativos.

Es probable, que el trayecto de formación inicial y luego, el mismo ejercicio de la profesión, en ambientes escolares inundados de múltiples actividades, a veces, sin mayor significado contribuyan a esta forma de concebir la enseñanza y su aprendizaje; es decir, paradójicamente, se promueven prácticas rutinizadas y acríticas que obstaculizan los procesos de desarrollo profesional del docente.

Pensemos, por ejemplo, en las múltiples tareas y compromisos que tenemos en los planteles relacionados con los “lineamientos oficiales” que en algunos casos, hasta llegan a interrumpir significativos procesos de aprendizaje en las aulas, pero que debemos llevar a cabo porque así lo han dispuesto las autoridades educativas. Aun cuando, se pregona la necesidad de un profesor “*intelectual transformativo*”, concebido como un profesional que se examina a sí mismo, se prepara, se cuestiona y pone en marcha alternativas orientadas a mejorar sus acciones.(Giroux,1990).

Tampoco podemos obviar que la actividad humana es una acción del pensamiento, en tanto que se tiene la capacidad de integrar pensamiento y práctica. Esto es, la capacidad para contemplar, investigar y analizar sobre el quehacer educativo. Los profesores pueden asumir posturas teóricas que expliquen sus actuaciones. Y que, además, puedan ser discutidas y estudiadas con todas las implicaciones ideológicas, políticas, sociales que las impregnan, conscientes de que las acciones formativas, no son actividades neutrales. Es, pues, problematizar el conocimiento, dialogar y establecer vías para llegar a consensos en la búsqueda del bienestar común a través de la educación.

Es precisamente, de este modo, cuando la investigación se convierte en una ocasión para mejorar, porque nos abre la posibilidad de encontrar recurrencias, explicaciones, develar relaciones entre las disciplinas que apoyan la enseñanza y la pedagogía y, comprender la significatividad del trabajo docente en el aula y el contexto escolar. Nos faculta, también para reconocer la coexistencia de tendencias en la enseñanza.

Todo esto, sigue siendo un amplio marco para observar, analizar e interpretar, buscar los significados de las acciones educativas con base en las perspectivas de los autores, cuando hablamos de autores nos referimos a docentes, alumnos, comunidad educativa. Se trata entonces, de contextualizar la investigación para generar teorías, tal como lo afirma Litwin (2008) “así como los docentes planifican, evalúan y proponen actividades para los estudiantes, o llevan a cabo diferentes estrategias, también pueden realizar procesos investigativos” (p. 202).

Por supuesto, que estaremos pensando ¿Cuándo investigar, si tenemos una agenda llena de actividades y responsabilidades?

Pues bien, no olvidemos que, nos hemos apropiado desde la formación inicial y durante el ejercicio docente de un conocimiento pedagógico, didáctico, disciplinar, metodológico que debe ser confrontado, validado y reconstruido constantemente, y como profesionales, tenemos el reto de ser aptos para dar respuesta a nuestro entorno, en vez de delegar tan delicada e interesante tarea a “expertos”.

Tal como lo he venido sugiriendo, investigar no es otra cosa que reflexionar, problematizar la enseñanza. Tener presente que se trata de una actividad llena de incertidumbres y conflictos, producto de la interacción de diversidad de elementos que convergen y precisan acciones que orienten la construcción de significados, y que además deben ser útiles para quienes protagonizan las prácticas pedagógicas.

Visto así, es la recontextualización de la profesión docente con una práctica reflexiva y comprometida con la investigación de la propia práctica, que insiste en la emancipación, en cuanto los docentes se hacen conscientes de las visiones, experiencias personales, presupuestos, hábitos, tradiciones y también, de las formas de dominación que conviven en las instituciones y que impiden la búsqueda de otros horizontes. En esta perspectiva, estamos hablando de la enseñanza reflexiva como una opción para potenciar los cambios, en tanto provoca el espíritu indagador del docente.

Aquí, me voy a permitir citar a Smyth (1989), quien establece cuatro fases, que denomina “ciclo reflexivo” y lo guía con interrogantes como: ¿Cuáles son mis prácticas?, ¿Qué teorías se expresan en mis acciones? ¿Cuáles son las causas? ¿Cómo puedo cambiar? Esto es, indagar quiénes somos, buscar explicaciones sobre la intención de lo que hacemos. Preguntarnos sobre nosotros mismos, puede permitirnos definir las teorías que apoyan nuestras prácticas y comprender la naturaleza de la enseñanza. Definir el quehacer del docente puede guiar la necesaria confrontación con las creencias, valores y supuestos implícitos que orientan las acciones de los profesores. Debatir sobre nuestros pensamientos y acciones permite iluminar la complejidad de lo educativo, para aproximarnos a la reconstrucción de los saberes que ayuden a reorganizarnos y, en el mejor de los casos, cambiar o mejorar. Sin duda, implica trabajo personal y colectivo en búsqueda de mejoras significativas de la enseñanza.

¿Cómo formar profesionales investigadores y reflexivos?

Tal como lo sabemos, durante los últimos años, tanto la investigación como la reflexión cobran importancia en el contexto educativo y surgen propuestas para promover la enseñanza reflexiva.

Ser reflexivo trasciende, entonces, lo cognitivo e implica sentimientos y valoraciones ético morales del profesor. Ya Dewey (1989), nos advertía sobre la

necesidad de cultivar actitudes favorables hacia el pensamiento, de modo que mencionaba tres fundamentales que deberían adoptarse y practicarse:

- a) Mentalidad abierta, entendida como escuchar, reconocer otras visiones, prestar atención a otras posibilidades y aceptar el error para poder encontrar soluciones a las situaciones presentadas. En otras palabras, poseer flexibilidad de pensamiento y para lograrlo se muestra partidario de fomentar la curiosidad y el esfuerzo por analizar lo novedoso, lo problemático.
- b) Otra actitud, es el Entusiasmo o ser “de todo corazón”, fíjense que refiere el componente afectivo que impregna las relaciones entre las personas y su oportunidad para aprender y convivir. Dewey (1989) asegura que un entusiasmo auténtico opera como una fuerza intelectual y añade que “un maestro capaz de despertar ese entusiasmo en sus alumnos hace algo que no puede lograr ningún tratado metodológico formalizado, por correcto que sea” (p.44).
- c) Por último, aboga por la Responsabilidad, relativa a las implicaciones éticas y morales de la actuación de cada ser humano. Así, ser responsable es una condición necesaria en el pensamiento reflexivo, cuyo significado es asumir las consecuencias de nuestras actuaciones, adoptar posiciones coherentes y armónicas con las creencias que se poseen. Desde el punto de vista del profesor, podríamos agregar que, se trata de analizar su actuación y estar consciente de los objetivos educativos con base en el contexto social y político.

La mentalidad abierta, la responsabilidad y la afectividad son importantes si lo que se pretende es enseñar a pensar, Se trata de desarrollar capacidades para actuar en determinadas circunstancias, que sin duda, son formadoras y requieren de la flexibilidad del pensamiento.

En estas circunstancias, la enseñanza reflexiva implica valoración comprometida con la formación permanente del docente, el aprecio por el contexto para el desarrollo de procesos educativos. Lo que quiere decir, detallar y problematizar el aula y la escuela. Por consiguiente, es obvio el puente entre la reflexión y la investigación, en tanto, posibilita observar, describir, confrontar y valorar para cambiar.

¿De qué se trata entonces? ¿Cuál es la propuesta? , pues bien, les invito a examinar sus conocimientos sobre la enseñanza, sobre el aprendizaje... indagar sobre la planificación, sus creencias, el clima de la clase y efectuar autorreflexiones sobre el curso. Precisar aquellos supuestos teóricos que guían sus acciones como profesores, ¿cómo asumen y resuelven los situaciones que suceden en sus aulas e instituciones?, ¿cómo perciben sus comunidades? ¿Cómo son percibidos ustedes por sus estudiantes? Entre múltiples interrogantes,

producto de la complejidad e incertidumbre que rodea las acciones educativas, he aquí elementos propicios de investigar.

En este momento, nos corresponde preguntarnos ¿somos profesores investigadores? Evidentemente, en los últimos años, se ha extendido la discusión espacial y temporalmente al respecto. Hasta aquí, puedo afirmar que la tarea es hacer esfuerzos por consolidarnos como investigadores de nuestra propia práctica. Ahora bien, ¿cómo? ¿cómo afrontar el reto de enseñar e investigar?

Asumiendo que los caminos son diversos, es oportuno señalar la necesidad de tener presente la intencionalidad de la enseñanza y asumir que el docente investigador requiere condiciones personales, también cognitivas-intelectuales y afectivas, de manera que quiero subrayar algunos aspectos ineludibles en la tarea de investigar:

- a) Desarrollar actitudes para el cuestionamiento sobre la práctica, debemos cultivar el estudio y la investigación como caminos para mejorar las prácticas.
- b) Fomentar el trabajo entre pares, el estudio y revisión de las prácticas en equipos. Promover el diálogo como necesidad de interactuar en acciones comunicativas, que impliquen la toma de decisiones en las aulas con base en el intercambio de conocimientos y experiencias, producto de la confrontación teoría – práctica- teoría. Una vía son las reuniones de docentes, los colectivos pedagógicos. Aquellos encuentros en los que participamos, son grandes oportunidades para potenciar procesos investigativos traducidos en desarrollo profesional y aprendizaje de la enseñanza. Esta manera de compartir en colectivo, hace viable el estudio y análisis permanente de situaciones problema que se presentan en la práctica diaria, lo cual ayuda a implementar acciones, elaborar y llevar a cabo planes encaminados a resolver dichos conflictos.
- c) También vale elaborar, discutir y ejecutar propuestas, planes de intervención en las aulas y en los espacios escolares, llevar un registro de nuestras acciones y compartir con nuestros pares en los colectivos pedagógicos, nos ayuda a reconocer nuestros aciertos y errores.

Todo ello forma parte del proceso de aprender a enseñar, desarrollar opiniones, hipótesis y confrontarlas con otros colegas, favorece el desarrollo del

pensamiento complejo y la capacidad analítica en relación con el oficio de enseñar. En otras palabras, es una herramienta valiosa para la formación profesional. Si los docentes son reflexivos, críticos investigadores, sus estudiantes tendrán mayores oportunidades de formarse como ciudadanos críticos, autónomos, creativos...

De todo ello se desprende que el docente es un aprendiz permanente, por ello la pertinencia de investigar sobre su profesión, ya lo advertía Flores Ochoa (2006) cuando señalaba que:

La investigación educativa es un racimo de caminos cognitivos para producir conocimiento pedagógico sobre la enseñanza, sobre el entorno, sobre la sociedad y la cultura. Por tanto, son caminos metodológicos que pretenden confirmar sus conocimientos con razones comunicables intersubjetivamente, sobre objetos tan complejos que abarcan y se confunden con el mismo investigador, con la sociedad y la cultura que nos abarca a todos" (p. 68).

La investigación desde la reflexión de nuestro trabajo permite comprender nuestra realidad y convertir cada situación en una ocasión para aprender, trazando nuevas perspectivas para revalorizar la profesión docente y su compromiso con la sociedad.

De modo que los invito a impulsar desde sus aulas y contextos escolares, la investigación-reflexión, sin duda, un camino posible y lleno de potencialidades para contribuir desde espacios concretos: nuestros planteles educativos, con el mejoramiento de la educación. Para ello, no necesitamos de permisos especiales, de reformas educativas, resoluciones ministeriales, solo requerimos de estudio, compromiso, creatividad y voluntad para replantearnos la tarea de formar y de formarnos.

Como ven, ser docente es intervenir, reinventar la profesión. Es un desafío, recuerden que somos agentes del currículo, en tanto trabajamos para concretar las intenciones educativas, en fin, gestionamos el aula.

Les invito a que nos interroguemos permanentemente sobre lo que hacemos y estimular a nuestros estudiantes a preguntarse. A partir de allí, podremos buscar razones para investigar argumentar, interpretar y reconstruir nuestros saberes. A propósito de estos planteamientos, quiero finalizar, citando un breve relato de Ellen Langer (citado por Litwin, 2008) en el que se cuenta

una historia de una madre que enseña a su hija a cocinar carne a la cacerola. Una de las indicaciones que le da es que debe cortar la punta del trozo de carne, antes de ponerla en la cacerola. Ante la pregunta de la niña respecto a las razones del corte, la madre manifiesta su ignorancia y propone consultar a la abuela, que era quien le había enseñado la receta. La abuela tampoco conoce las razones, y acompaña a su hija y a su nieta a consultar a la bisabuela. Finalmente, la anciana responde, ante la sorpresa de sus acompañantes, que el motivo por el que corta la punta de la carne es que utiliza una cacerola pequeña (p. 38)

Les invito, entonces, a preguntarnos sobre las razones, buscar los argumentos, explicaciones, profundizar para construir y reconstruir nuestros saberes, ello nos evitará actuar sin pensar, no cortemos la punta de la carne sin saber por qué.

Muchas gracias

Referencias bibliográficas

- Dewey, J. (1989). *Cómo pensamos*. Barcelona: Paidós.
- Freire, P. (2001). *Pedagogía de la Indignación*. Madrid: Morata.
- Flórez Ochoa, R. (2006). Hacia una nueva cultura educativa. *Revista educación y pedagogía*. XXIII (44), 61-69.
- Giroux, H. (1990). Los profesores como intelectuales. Hacia una pedagogía crítica del aprendizaje. Barcelona: Paidós.
- Litwin, E. (2008) *El oficio de enseñar. Condiciones y contextos*. Buenos Aires: Paidós.
- Smyth, J. (1989). Developing and sustaining critical reflection in teacher education. *Journal of Teacher Education*, 40 (2), 2-8.